


JUAN MUÑOZ GARCIA



# El día de Santa Marina

TRADICION DE LA  
RECONQUISTA DE BEJAR



1 9 4 1

Est. tip. de Juan Sierra, Súc. de Muñoz—BEJAR

MUNDUS • LIBRI

LIBRERÍA ANTICUARIA

Los Perdones 8

Salamanca.

ESPAÑA

923 214 611

t. 1250252


C.

JUAN MUÑOZ GARCIA



# El día de Santa Marina

TRADICION DE LA  
RECONQUISTA DE BEJAR



1 9 4 1

Establecimiento tipográfico de Juan Sierra.—BEJAR

JUAN MUÑOZ GARCIA

El día de Santa Marina

TRADICION DE LA

RECONQUISTA DE BEBAS

Publicado en los Anales de la Universidad de Chile, Tomo 1, 1938

R.156190



LA misa ya se celebraba según el rito romano y oficiaba en ella un sacerdote que al volverse al pueblo y decir el *Dominus vobiscum* le pronunció temblando de emoción, y los fieles más próximos pudieron ver cómo, al tiempo que estas palabras salían de su boca, se llenaban de lágrimas sus ojos.

Después se volvió hacia el pobre altar y siguió rezándola con singular unción.

El momento de Alzar, fué sobre todos emocionante.

Las luces de las velas, apenas rasgaban los velos de la noche, pero los ojos fijos de los fieles, veían su norte en la Hostia Sacrosanta, que elevada por el sacerdote era luz en aquella oscuridad, y al rendirla adoración y pedir favor al Dios de los Ejércitos, la plegaria que salía de sus bocas los dejaba el pecho lleno de esperanza y decisión.

El *Memento* fervorosísimo del oficiante, le fué

otro instante de angustioso deliquio al recordar a los muertos que habían sido por la causa cristiana, y de modo más vivo a los que por ella iban a perecer aquel día, muchos de los cuales de hinojos ante él, guardaban un silencio solemnísimo, y el preste, llorando con el alma, encomendó a todos a Dios y se encomendó él, que no sabía si también aquella jornada sería la última de su vida terrenal.

Y terminado el Santo Sacrificio, ¡con qué cordial unción bendijo el sacerdote al pueblo que de rodillas se prosternaba!

Aquella misa, dicha en pleno campo, en un ara formada por piedras superpuestas en cuyo centro, sobre una más alta estaba colocado el crucifijo; el estado de ánimo de los fieles que la oyeron, y el ambiente de aquella nubosa y encapotada madrugada de junio, avivaban sobremanera el espíritu religioso de los rudos montañeses, que allí se habían congregado.

El pequeño ejército, que ya estaba confesado, se se acercó después al altar, y la Augusta Eucaristía fué alimento de sus almas y aliento de sus pechos nobilísimos, y agrupados luego todos en torno al sacerdote, éste los dijo:

«Hermanos. ya estamos a bien con Dios y los que Él tenga dispuesto que hoy comparezcamos ante su presencia sacratísima iremos aliviados del peso de nuestras culpas y purificados por el holocausto de nuestra sangre, que en esta empresa estamos dispuestos a derramar.

Las heridas que la dén salida, serán puerta de entrada que a nuestras almas franqueen la del Cielo.

Buscadlas pues de frente, para que ellas sean galardón de vuestros pechos, y no hayais pavora ante

la muerte, que antes redime que daña, a los que como vosotros estais abroquelados contra ella.

Favor habremos de Dios y del Apóstol, y bien será esperarle igual de Santa Marina.

Esta heroica virgen, vivió largos años disfrazada, y disfrazada estaba cuando llegó a su fin, y por ser hoy su fiesta y requerir nuestra empresa los singulares disfraces que hemos de vestir, ponemos a la santa por intercesora para que Dios nos otorgue la victoria.

Comenzamos la jornada con buenos auspicios.

La niebla baja por este monte, como si quisiera ocultarnos, y ha de ser día entrado cuando el sol refulja.

Tened todos confianza.

Tomad ejemplo de mí, que hace poco temblaba por vosotros, y ahora voy a dejar mis ornamentos sacerdotales para vestir vuestro mismo disfraz, y si en el día que va a amanecer viéramos este monte desde Béjar reconquistada, prometo levantar una ermita a Santa Marina, en este sitio desde donde ahora invocamos su patrocinio, para que así quede recuerdo del lugar donde nos reunimos para libertar a nuestro amado pueblo.»

Así habló don Yuste, (1) el preste y caudillo de aquellos bravos montañeses.

Pocos eran sus años, pero mucho y muy sereno su valor, y tras de la breve arenga dejó las ropas con que dijo misa y como todos los allí reunidos, vistió otras hechas con cueros que los servían a modo de flexible broquel, recubriéndose luego con pedazos del musgo que crece en las peñas, cuyo color verde oscuro, buscaban que en su marcha sobre Béjar los hiciera invi-

---

(1) Yuste es forma antigua del nombre Justo.

sibles a las miradas de los vigías y guardianes a quienes querían sorprender.

Y buscando también dar espanto a los guerreros musulmanes, otros cristianos ponían sobre sí pieles de fieras que los daban un aspecto terrorífico.

Pronto estuvieron todos disfrazados y los del grupo de vanguardia a quien estaba encomendada la sorpresa, hasta sus mazas envolvieron con la viva cubierta vegetal, y antes de rayar el alba, muchos se despidieron de sus mujeres e hijos pequeños, que con ellos oyeron la misa, y el bravo y pequeño ejército comenzó a descender de la montaña, y llegados al sitio que desde entonces se llama «La Entrada», hicieron ya la marcha con gran precaución y extremado sigilo, pues desde tal lugar, se fueron diseminando uno a uno los intrépidos guerreros, que bajaban primero a la hondonada de la vega, y subían después muchos de ellos hasta la muralla misma, a cuyo pie se situaban quedando allí como pegados al muro y cobijándose otros para mejor ocultarse, bajo las yedras y valerianas que crecían en todo el frente de la extensa fortificación.

No pocos cristianos se escondían tras de las peñas que emergían por aquellos terrenos, los hubo que se emboscaron entre los brotes de las higueras y de los arbustos que también en aquella ladera había, y cuando hubo terminado el orden de la colocación de la gente que acaudillaba, el sacerdote, con un grupo de hombres escogidos, todos vestidos de musgo, avanzó hasta las cerradas puertas de la muralla, y contenida la respiración y dilatada la vista, aguardaban bajo la arcada pétreo de ella, algunos de los que primero habían de entrar en lid, y los que tras ellos estaban también en vanguardia, se agacharon junto a las quebradas y escalones del suelo



peñascoso, y allí esperaron a que amaneciera en inmovilidad de estatuas y en silencio tal, que casi en él oían sus acelerados latidos cardíacos, porque tenían fijo el pensamiento en la inminencia del combate, que presentían enconado y feroz.

El sacerdote, que tenía sobre sí la ejecución de aquel audacísimo golpe de mano, que él también discurriera, pedía favor al Cielo en breves y fervorosas oraciones, y cuando el lucero de la mañana iba desapareciendo del firmamento y las bellas claridades de la aurora precedían al orto del sol, al sentir pasos dentro del recinto y conocer en ellos los de la guardia mora que se aproximaba a la puerta, con su gesto, que no con sus palabras, arengó a sus hombres, quienes con las armas empuñadas, estaban dispuestos a no perder minuto en empezarla, ni golpe en la lucha que ya iba a comenzar.

Dentro de la cerca los pasos perezosos de los soldados, daban confianza de que éstos nada habían descubierto en el exterior.

Los disfrazados que se ocultaron en la campiña, a la luz del crepúsculo matinal pudieron ver en lo alto de la alcazaba a algunos de los guardianes de ella, y que en la muralla se destacaban de trecho en trecho las figuras de los centinelas, mas sin hacer signos de alarma, porque no parecían darse cuenta de la empresa bélica de los cristianos.

Ya un soldado moro, descorrido el cierre o tranca de la puerta, hizo girar hacia dentro una de sus hojas, y por tal abertura se precipitaron al punto los cristianos disfrazados que esperaban por fuera, y antes de que el musulmán se reportara de la sorpresa que le causaba la presencia de los extraños invasores, cayó al suelo, muerto por ellos, y lo fueron otros muslimes que se hallaban en sitios próximos,

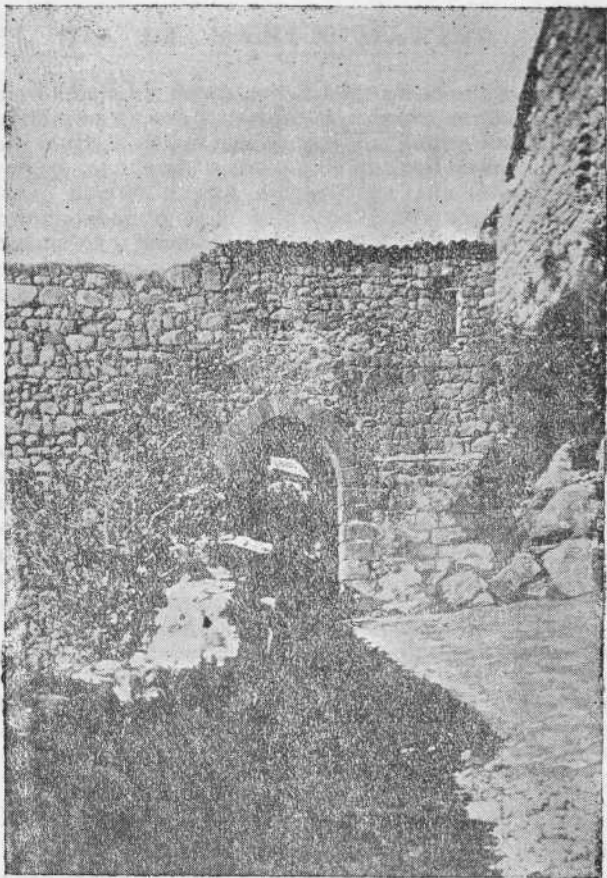
y como por ese hueco, abierto ya de par en par, entraba la muchedumbre de disfrazados atacando a la guardia con venablos y flechas, dominados los moros por la sorpresa y el terror, huyeron hacia la alcazaba pidiendo auxilio, pero hallaron atajado el paso, porque el sacerdote con los disfrazados se había adelantado muralla arriba y sus arqueros asaetaron a los centinelas de la alcazaba, pues llegaron a ella tan rápidamente, que no dieron lugar a los moros para cerrar las puertas de la fortaleza que habían abierto momentos antes.

Don Yuste conoció que era allí donde había que ganar la batalla por ser el castillo la defensa del poblado, y al efecto hizo que los que penetraban en Béjar desde el campo, se dirigieran en masa donde él estaba, y mientras que los moros que vigilaban la muralla al ver la puerta franca gritaban ¡traición! y alarmaban acobardándolos con estas voces a los moradores de Béjar, el valeroso preste irrumpía en la alcazaba y desde la planta de ella, cerraba con sus hombres el paso a los soldados moros que desde los pisos altos acudían a la defensa, encontrando éstos, que los cristianos los inmovilizaban en aquellos críticos momentos de la lucha.

Empero, desde las almenas del castillo empezaron a caer terribles pedruscos que aplastaron y malhirieron a varios cristianos, que fueron las primeras víctimas que tuvieron aquel día memorable.

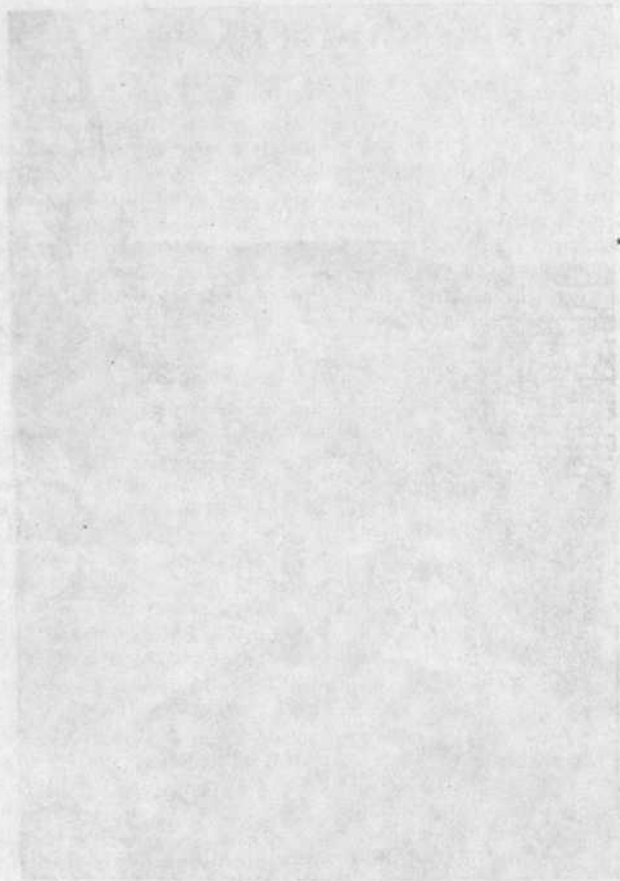
—¡San Esteban os acojal, exclamó el sacerdote al verlos morir, pues como el protomártir sois lapidados en defensa de nuestra fe.

Ahora vamos a vengaros, añadió, y haciendo que los suyos desquiciaran las puertas del castillo, obstruyó con ellas el hueco de la escalera para con menos hombres, seguir impidiendo que llegaran a la



LA PUERTA DE LA TRAIACION, TAL COMO ESTABA HACIA  
EL AÑO 1912.

(Foto Requena)



LA PUERTA DE LA FORTALEZA DEL CASTILLO DE SAN PEDRO

EL AÑO 1912

El autor

planta baja los defensores de los pisos altos, y para afirmarlas en esa posición de cierre, amontonaron allí muchas de las piedras que los moros los arrojaron, y mandando a los suyos que rodearan la fortaleza, acudió a otra entrada de ella por donde principiaban a salir soldados moros que venían a buscarlos y lanzaban sus azagayas a la tropa cristiana, y al mismo tiempo, desde las almenas la apedreaban con furia otros moros que se situaron en lo alto de aquel frente del castillo.

Don Yuste no vaciló.

—Vayamos, dijo a los suyos, por la victoria o por el martirio.

Y corrió con ellos al encuentro de los moros que venían, y al cerrar con los enemigos, cesaron de arrojar piedras desde la fortaleza, porque tan mezclados estaban moros y cristianos y era tal la movilidad de los combatientes, que igual a unos que a otros podían ofender los proyectiles lanzados desde lo alto, y los del interior se prepararon a salir en auxilio de los otros musulmanes.

Pero en la enconada lucha, persuadidos los cristianos de la necesidad en que estaban de vencer en corto tiempo, peleaban con arrojo inaudito arrollando a sus adversarios que iban perdiendo terreno, y al cederle, se acercaban al postigo por donde salieron y terminaron por cerrarle, y desde las almenas volvieron a agredir al ejército cristiano que tuvo que apartarse de la alcazaba.

Don Yuste, que buscaba una rápida victoria, sentía angustia indecible al ver contenida a su tropa de vanguardia y considerarla dividida, porque había quedado parte de ella en la planta baja de la alcazaba, y esa inquietud tenía, cuando vió que los que dejò defendiendo la fortaleza por su entrada principal

venían en su auxilio y observó al tiempo mismo, que una densa humareda se empezaba a levantar en el castillo

Los cristianos que acudían, terminaban de incendiarle e iban a reunirse con los que siguieron a don Yuste, que enardecidos con su llegada estrecharon el asedio.

Del poblado acudieron algunos moros en ayuda de los que estaban en la alcazaba, pero no pudieron sumarse a ellos, y toda la línea occidental de la fortaleza la cerraban los animosos soldados cristianos, que al mediar la mañana tenían ya confianza en el triunfo.

El fuego entre tanto, devoraba los pisos y techumbres del sur de la alcazaba, y en el portalón de ella comenzaban a caer los maderos humeantes y las rotas tejas de la cubierta, mientras que la lucha se concentraba durísima y sangrienta junto a la entrada lateral, a la que no llegaba el estrago del incendio.

La tropa cristiana atacaba obstinadamente, y los moros se defendían con el mismo empeño.

Era esa entrada un postigo de escasa luz, y desde las almenas que coronaban aquel muro y desde la muralla inmediata a ella por el lado norte, los moros arrojaban a los cristianos una lluvia furiosa de piedras y una sostenida granizada de dardos, y el campo de combate estaba ya cubierto de flechas, cascos y mampuestos lanzados por los agarenos.

Don Yuste retiró a su tropa, hacia atrás para quedarla fuera del alcance de las piedras y armas arrojadas, y mientras el sacerdote-caudillo meditaba el plan de ataque que entonces convenía, su gente sin dejar de bullir, consumía algunas viandas de que se hallaba provista, cuales viandas consistían en

frutas secas y pan de centeno, principalmente.

Don Yuste, viendo cerca de sí una fuerte viga, pensó en utilizarla para sus fines, y suspendida pronto de gruesos cordeles que llevaba la tropa para si había que escalar la muralla, y enlazadas sólidamente las cuerdas en largos palos que de través sostenían varias parejas de hombres vigorosos, prepararon un, a modo de ariete, que transportaron hasta el arco del postigo para intentar romper con él las puertas, y abrir así una brecha por donde penetrar en la alcabala.

Las rodela que tenían los combatientes se destinaron a detener en algo el diluvio de llovidas piedras que esperaba a los portadores de aquel tronco de castaño, que a palo y cuerda acercaron al postigo aguantando la infernal pedrea, que al dar en los escudos producía estrépito ensordecedor.

Los cantos que caían, como turbión en tempestad deshecha, botaban sobre la viga y herían a sus portadores que aguantaban valerosamente la furiosa tormenta de pedruscos, mientras que otros cristianos asidos al madero, le impulsaban al unísono en fuerte y repetido vaivén, que asestaba terribles mazazos a la puerta que querían derribar, y las hojas del postigo iban cediendo al doblarse la chapa de hierro que las guarnecía, por los repetidos golpes de ariete que descargaba sobre ellas el rollizo extremo de aquella improvisada máquina de guerra.

Pero su sonido isócrono y retumbante, atraía a nuevos guerreros moros a la defensa de aquella entrada, y acrecía con arreciado furor la lluvia de piedras que los agarenos arrojaban a los cristianos.

De vez en cuando, una, lanzada con más tino, o un certero flechazo, herían de muerte a alguno de los que tenían la viga en suspensión, pero en el mis-

mo punto otro le sustituía y los recios golpes habían sacado de quicio las puertas, que estaban a punto de ser derribadas, cuando cayeron desde lo alto de la alcazaba humosas calderadas de aceite hirviendo, y el líquido chorreaba desde las rodela a las personas, que abrasadas por el reguero del ardiente óleo, cejaron en el ataque, y sin atravesarse a mirar hacia arriba expresaban en los mismos gritos su furia y su dolor, y a seguido del aceite, los moros comenzaron a arrojar sobre los cristianos haces de sarmientos encendidos, que fueron cual lluvia de fuego que acabó de desorganizar el ataque, e hizo separar del postigo a los sitiadores, mas don Yuste, que había mandado a otro grupo de los suyos a asaltar la muralla, vió que ya la escalaban algunos de sus hombres, y vió a otros cristianos, que soltando la honda con que hasta entonces arrojaban piedras a los defensores del postigo, se dirigían a éste y poniendo en vilo la viga, la impulsaron con vigor y asestaban nuevos golpes a las puertas, que por fin cayeron deshechas.

Pero tras de ellas estaban sus defensores, y por el franqueado arco del postigo, pasaron mil disparadas saetas, azagayas y piedras que contuvieron otra vez a la animosa gente cristiana, que luchaba en vano por ganar aquella entrada del castillo.

El preste, al par que esta lucha a ras de tierra, observaba otra que se reñía en la estrecha altura del adarve con no menos coraje y gallardía, pues viendo que los cristianos escalaban la muralla, habían subido a encontrarlos en ella muchos valientes guerreros musulmanes, y en el angosto pasillo, formando hileras que se enfilaban en opuestas y encontradas direcciones, cerraban entre sí con tanto furor, que las luchas cuerpo a cuerpo empezaban en el muro y terminaban casi todas, abajo en el suelo, al que ca-



yeron envueltas en abrazo de muerte muchas parejas de combatientes, que en el adarve no pudieron rematar su pugna para vencer al rival.

Tenían estos encuentros gran semejanza con los combates de los gladiadores, aunque en ellos los que venían a la zaga de los enconados adversarios ayudaban a los que estaban en cabeza, acometiendo a los enemigos con sus chuzos o arrojándolos sus agudos venablos, y en la sostenida lucha, se porfiaba por ganar el primer puesto frente al enemigo, a sabiendas de que en ella era término la muerte, y el despeñamiento remate que solía acompañarla, y sin embargo, escalas arriba, iban subiendo cristianos, para con ansias y trabajo, buscar ese fin glorioso y sangriento.

El preste, que desde abajo todo lo vigilaba, mandó a sus honderos que apedrearán a la fila de moros que en la muralla se oponían al avance de los cristianos, y los silbantes proyectiles diestramente lanzados, hiriendo a varios musulmanes clarearon la hilera que formaban debilitando su resistencia, hasta que al fin parecían ganar los cristianos. que siguieron adarve adelante, y don Yuste consideraba ya realizado el asalto, e inminente la entrada de sus tropas en el fuerte recinto, cuando un terrible alarido estremeció su corazón y le hizo volver la cabeza, con alarma que venció por un momento su serenidad.

Los moros habían subido a la muralla por otra rampa y desde ella habían derribado la improvisada escala de asalto por donde ascendían varios cristianos que cayeron a tierra heridos y maltrechos, y sus gritos de ira y de dolor, angustiaron el alma del valeroso sacerdote.

En el acto mandó éste que sus honderos detuvieran el avance que en el adarve iniciaban los moros, y

en seguida también, una granizada de cantos los con-  
tuvo, y los musulimes mermaban su energía al conocer  
que iban siendo derrotados, y observándolo don Yuste,  
confió plenamente en la victoria, y para que no se  
le escapara ya, extremó la cautela y meditó sus reso-  
luciones cuanto lo permitían su estado de ánimo y las  
incidencias que se sucedían en la lucha, y mandando  
que sus hombres se concentraran frente al castillo,  
que en la parte norte había respetado el fuego, se  
dispuso a asaltarle con todos sus medios ofensivos.

Un grupo de soldados escogidos penetró en el  
recinto de la fortaleza por el vano, ya sin puertas ni  
rastrillo, de su entrada lateral, mientras que desde  
la contigua muralla se echaban escalas para ascen-  
der al tejado de la fortaleza, y abriendo en él un bo-  
quete, la invadieron desde lo alto, y los moros que  
se vieron entre dos ataques, apenas pudieron resis-  
tirlos, y aunque se defendían en las estancias y co-  
rredores, empujados por ambos grupos de cristianos  
buscaron por fin salida por la parte principal de la  
alcazaba, esto es, por el sitio mismo en que don Yuste  
dispuso el comienzo del asedio, y los ya desbandados  
musulmanes pasaron por entre los escombros y las  
maderas calcinadas que allí había acumulado el in-  
cendio devastador, y entre aquellos obstáculos que di-  
ficultaban la huída, quedaron los cadáveres de muchos  
de ellos, marcando el que fué camino de su derrota.

Don Yuste, dueño por fin del castillo y de sus de-  
pendencias, dió entrada en Béjar a las mujeres y a  
los niños que esperaban ansiosos fuera de la cerca,  
y mientras que las cristianas quedaban atendiendo a  
los heridos, el caudillo avanzó con sus guerreros ha-  
cia el interior del poblado y principió a guiar a su  
tropa por sus callejuelas estrechas, retorcidas y pen-  
dientes, pero encontró que los moros habían cerrado

el paso de ellas con improvisadas barricadas y amparados tras éstas proseguían la defensa del poblado, y con no poco esfuerzo, tenían los cristianos que franquear las calles al tiempo que luchaban, y oían más allá de los sitios de la lucha, el rumor producido por la marcha del vecindario moro que huía, y el eco del llanto de las mujeres fugitivas, que se mezclaba con las invocaciones de los que en aquel trance pedían favor a Alá.

En aquella procesión de terror, mil alaridos pregonaban el peligro y el miedo le exageraba, ahogando al tiempo que el impulso generoso en favor del caído o del necesitado, el mismo sentimiento de defensa del pueblo y del hogar, y en desorden espantoso, llegaba la hilera de fugitivos hasta la Puerta del Pico, que era demasiado estrecha para dar franco paso a la avalancha humana que a la vez pretendía ganarla, y al pie de ella luchaban desesperadamente los musulmanes por salir en seguida al campo exterior.

Aquella bóveda de piedra, multiplicó entonces los gritos de cólera de la muchedumbre apiñada y compacta, que a viva fuerza pugnaba por abrirse paso, y la misma bóveda devolvió los ayes y lamentos de los infelices atropellados y yacentes en el angosto callejón, por sobre los cuales pasaban sus propios hermanos sin detenerse a prestarlos auxilio.

Pero la fuga fué más trágica y horrorosa, cuando los cristianos lograron deshacer las barricadas y avanzaron victoriosos hasta aquel lugar, persiguiendo a los que en las calles los habían resistido.

La Puerta del Pico pareció entonces un vomitorio que daba de sí espectros enloquecidos por el terror, que unían su estentóreo plañir y se debatían por ganar el desigual sendero de extramuros, el que era insuficiente para el paso de todos y en él seguían

sucedíéndose los atropellos y agresiones, quedando aquellos pelados roquedales, llenos de moros caídos, abandonados de los suyos, y en aquel campo de «Los Peñasquillos», en el que primero dejaron sus quejas los infelices cautivos cristianos que hicieron la muralla abriendo entre las rocas el pendiente camino que aún permanece, resonaron entonces los lamentos de la población mora que huía, y los musulimes caídos y abandonados, y las mujeres y los niños rezagados en la fuga, veían alejarse a los suyos, que sin volver la cabeza corrían por las pendientes rocosas de la montaña.

Don Yuste, desde la torre de la muralla vió la huída de los moros, y cuando recogió a los heridos y tuvo por conseguida la victoria, dejó guardia defensora en la Puerta del Pico y ya situaba vigías en la cerca, cuando observó desde ella que los suyos habían puesto la cruz en el torreón de la alcazaba, y entonces don Yuste y los que con él estaban, adoraron el signo cristiano desde aquel elevado muro, descendiendo luego de él y tomando camino hacia aquella fortaleza.

Junto al sitio en que por alusión a su altura todavía se llama «El Yergal», encontraron a un guerrero cristiano moribundo, y entonces el sacerdote auxilió al agonizante, que se consideraba dichoso porque había llegado a ver el glorioso final de aquella jornada heroica.

Don Yuste le bendijo emocionado, diciéndole que su sangre había lavado sus culpas, y entonces el moribundo concentrando en la voz sus últimas fuerzas se encomendó a la intercesión de la Santísima Virgen y de su patrón Santiago, recitó algunas oraciones y saliendo al par que sus palabras su alma



JUEVES DE CORPUS, DIA 12 DE JUNIO DE 1941.  
EL REGIDOR SINDICO RINDE LA BANDERA DE  
BEJAR ANTE EL SANTISIMO SACRAMENTO.



Como aún se está restaurando la iglesia parroquial de El Salvador, en el pórtico de la misma, se habilitò una capilla para celebrar, como siempre, ante ese templo la tradicional ceremonia.

(Foto Requena)





hacia Dios, quedó el cuerpo caído sobre la parda tierra que había empapado con su sangre.

Entonces mandó don Yuste que el que acababa de expirar y todos los muertos cristianos, hubiesen tierra en aquel mismo campo, que es santo desde entonces, y dispuso también, que al lado de él se hiciera la iglesia primera que en Béjar hubo después de la reconquista, y que se la pusiera bajo la advocación de Santiago, y las obras de ella se principiaron poco después, quedando el cementerio contiguo al templo como sigue en nuestros días.

En la alcazaba se reconstruyó la parte destruída por el incendio, y fiel a su promesa, el piadoso don Yuste hizo edificar una ermita en el sitio donde celebró la misa el día de Santa Marina, y en ella se veneró la imagen de esta santa durante luengos tiempos.

Tal ermita era de pequeñas dimensiones y se alzaba en la llanada del monte, lindando con el camino de La Centena, cuyo sitio aún se llama «Santa Marina».

Todavía se conoce el lugar preciso donde la ermita estuvo por unos restos del muro norte que se conservan, y por otro trozo circular que mira a oriente y corresponde al que fué ábside de la misma.

Este lugar, sumamente bello y deleitoso, tiene agua abundante, árboles centenarios y tupida floresta, y a dicha ermita se iba en romería el lunes de la infraoctava del Corpus, que vulgarmente se llamaba y algunos siguen llamando lunes de Albillo.

Sin duda con esta romería se rememoraba la gloriosa reconquista de Béjar, y como el día de Santa Marina (*17 de junio*) nunca dista mucho de las fiestas del Corpus, que se instituyeron en el siglo XIII y se generalizaron en el siguiente, al organizarlas

en nuestra antigua villa y en su tierra, se quiso aquí asociar a esas solemnes festividades el recuerdo de la liberación de Béjar, y el del ardid que idearon para rescatarla nuestros bravos antecesores.

La palabra ¡traición! que pronunciaron los moros al verse acometidos dentro del recinto murado, sospechando que no fuesen solo cristianos los invasores, nominó desde entonces aquella puerta, desaparecida hacia el año 1912.

La de Santa Marina era una de las muchas imágenes que figuraban en la procesión del Corpus, la más solemne de Béjar en todos los tiempos, y que reunía tanta gente de los pueblos comarcanos, que hasta principios del siglo XX eran los días del octavario días de feria en la ciudad.

Esta procesión sale de la iglesia de Santa María la Mayor, y antiguamente, cuando aún existía en La Carrera una puerta que cerraba esta vía y que tenía el expresivo nombre de «Puerta de los Osos», una tropa de hombres vestidos de musgo se adelantaba a la procesión y simulaba el ataque a esa puerta, que defendía una también simulada guardia mora, que al cabo se rendía a los cristianos, y éstos, cuando llegaba la procesión, se incorporaban a ella llevando a los vencidos, para recordar aquel hecho de armas.

Cesó este simulacro porque se derruyó la Puerta de los Osos, sin duda para dar más amplitud a La Carrera, y entonces se estableció la costumbre de que figurasen en la procesión del Corpus treinta hombres vestidos de musgo o moho, mandados por un jefe disfrazado lo mismo que ellos.

Estos hombres eran caballeros y ciudadanos de los más principales de la villa.

Luego el número se redujo a seis, y por último a

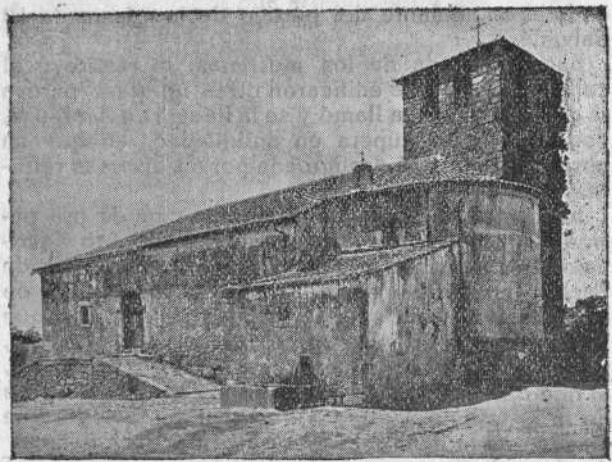
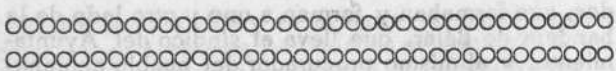


dos, que formaban y forman a uno y otro lado de la bandera de Béjar, que lleva el síndico del Ayuntamiento, y al mismo procurador del pueblo acompañan en el acto de la rendición de la bandera ante el Santísimo Sacramento, cuya ceremonia se verifica en la plaza, delante del pórtico de la iglesia de El Salvador.

Béjar, liberada de los musulimes, se restituyó al culto cristiano y se edificaron otras iglesias, pero a la de Santiago se la llamó y se la llama «La Antigua», porque a todas supera en antigüedad, aunque su obra primitiva está desfigurada por las diversas reformas hechas en el templo.

El preste don Yuste fué el primer cura de esa parroquia, y al celebrar cotidianamente el Santo Sacrificio, encomendaba a Dios a los caídos aquel día de Santa Marina en el que se realizó la reconquista de la población, cuyos valerosos soldados difuntos, que lucharon a sus órdenes en aquella jornada gloriosa, juntos reposaban en nuestro primitivo Campo Santo, al que todavía sirve de cierre principal el muro norte de la iglesia de Santiago, dándole tal sosiego, que parece que la iglesia aísla el sagrado recinto guardando así el reposo de los muertos que en más de siete siglos han buscado descanso en ese clausurado cementerio, sobre el que el viejo templo da su sombra, como si con ella quisiera todavía unirse a ellos en la soledad de la tumba y en el profundo misterio de la muerte.

---



IGLESIA DE SANTIAGO, LLAMADA TAMBIEN «LA ANTIGUA», EN SU ESTADO ACTUAL.

(Foto Requena).





